

“LA GENTE NO VALÍA NADA”

El nunca realizado pantano de Jánovas - España

“Volveré para hacer casa”

Texto: Marisancho Menjón

Cuando se llega a ver el pueblo de Jánovas desde la curva de la carretera que une Fiscal y Boltaña, a las puertas del Parque Nacional de Ordesa, en el Pirineo aragonés, te da un vuelco el corazón: las casas deshechas, sin tejados ni ventanas, los árboles creciendo en el lugar donde en otro tiempo hubo hogares, las calles llenas de maleza, los caminos rotos, la iglesia hundida. El pueblo abandonado.

La melancolía que invade a cualquier viajero se troca en un dolor hondo cuando quien avista el pueblo en ruinas pertenece a una de las familias que un día vivieron allí. "Yo es que no puedo mirar", dice Ángeles Cajal, de Casa Jalle. "Allí han nacido mis hijos, los tres, y lo he vivido tanto, y ha sido mi casa, y ahora verla en suelo... No sé, no sé lo que me pasa".

Ángeles, como muchos otros de sus antiguos convecinos, estuvo durante mucho tiempo sin querer pasar por esa carretera, sin poder soportar siquiera oír hablar de su pueblo. A María Pueyo, que fue la última en salir de Jánovas, se la comían las lágrimas y la rabia cuando, después de años y años, sus hijos la convencieron para ir a pasar un verano en un pueblo de la redolada y volvió a tener, durante un momento desde el coche, aquellas casas muertas ante los ojos.

La dureza de haber vivido el abandono forzoso del propio hogar, de la casa, los paisajes que han formado parte de toda una vida, los caminos, los cementerios donde reposan los seres queridos, de las calles y las relaciones, los amigos y familiares, que se dispersan para emprender una nueva vida, es imposible de olvidar. Quienes salieron de Jánovas lo hicieron en su mayoría hace cuarenta años, pero aún se les arrasan los ojos cuando narran lo sucedido. Los recuerdos duelen como el primer día.

Pero a ese dolor, que comparten con tantos otros miles de personas desalojadas de su tierra por culpa de la construcción de un pantano, suman los de Jánovas otra vuelta de tuerca, una circunstancia que aviva el escozor de la pérdida, y es el hecho de que todo el daño sufrido no ha servido para nada. La obra, proyectada desde los años 50 del pasado siglo, acabó con la vida de todo el valle del Ara, pero nunca llegó a ser construida.

Iba a ser un gran pantano para producir electricidad, aunque con la obligación impuesta por el Estado a la empresa concesionaria (Iberduero, hoy Iberdrola) de combinar este uso con las necesidades que marcaran los regantes de Monegros para atender sus campos. Desde el principio, esta imposición no gustó a Iberduero, pues suponía restricciones a su libre disposición de caudales y, por tanto, a su expectativa de beneficios. Sin embargo, dispuesta a llevar adelante el proyecto con la ayuda económica de los fondos públicos, la empresa decidió acometer la expropiación y la expulsión de los vecinos. Quizá, si los pueblos quedaban vacíos, sería más fácil convencer a la Administración de que financiara la obra: en definitiva, "el mal ya estaba hecho"...

A principio de los 60 se iniciaron las expropiaciones y las compraventas "voluntarias", que nunca fueron tales (ante la perspectiva de que el pueblo fuera a quedar inundado en breve plazo, los afectados no encontraban una diferencia sustancial entre la venta o la expropiación). A mediados de esa década, y para "convencer" a los vecinos que aún quedaban de la conveniencia de marchar cuanto antes, Iberduero dinamitó las casas que iban quedando vacías, poniendo con ello en peligro la vida de muchas personas y especialmente la de los niños, difíciles de localizar en sus juegos por las eras y los campos, cada vez que los operarios de la empresa, sin aviso previo, llegaban con las cajas de la dinamita.

"No avisaban de que te metieras en casa; los veías subir, y ya sabías. En todo caso, avisaban dándoles patadas a los críos para que se fueran a esconder. A Josele de Manuel le cogió un día de los de la dinamita por la calle, tuvo miedo y se vino a meter en casa nuestra; y uno de los encargados de Iberduero, que era un tío alto y recio, al tiempo que iba a abrir la puerta le metió una patada en el culo y le dijo: 'Como te vea por la calle, verás si te voy a dar'. Eso no es forma de tratar a una criatura. Entre eso y los bombazos que vinieron luego, que caían bien gordos los peñones sobre los tejados, el pobrecito estaba que no se atrevía ni a llorar".

"Teresa era chiquitina, tenía pocos meses. El primer día que tiraron los 'petardos' estaba tomando el pecho y... bueno, se me quedaba tiesa, mirando de aquí para allá, no había forma de hacerla comer. Yo decía 'esta niña se me va a quedar engarrotada'. Y cuenta, qué tripas tenía yo, para darle el pecho..."

"Los ingenieros de Iberduero y sus mujeres se subían a unas mesetas que aquí llamamos 'las Coronas' para ver el espectáculo cuando dinamitaban las casas. Les debía de hacer mucha gracia: a mí, ninguna. Caían piedras enormes, y maderos que salían volando, y yo tenía a mis críos por la calle".

Tras la prohibición de mantener esa práctica por parte de la autoridad civil, la empresa continuó desmantelando las viviendas con picos, palas y maquinaria. Vivir en esas condiciones, entre las ruinas, se volvía cada vez más difícil.

El toque de gracia fue el cierre de la escuela. Ante la resistencia de la inspección provincial de Huesca a clausurarla mientras hubiera niños, la empresa decidió cerrarla por su cuenta: un triste día, el 4 de febrero de 1966, un operario de Iberduero se presentó en Jánovas, tiró de una patada la puerta de la escuela y, ante los gritos de los niños, sacó de los pelos a la maestra y a golpes a los chiquillos, que corrieron a refugiarse en sus casas con el mayor susto de su vida.

"No nos trataban como a personas, nos trataban como a animales. Que un directivo de Iberduero se atreva a entrar en la escuela tirando la puerta, y termine con la escuela por la fuerza y por su cuenta, ¿cómo se puede calificar eso? Los niños que estaban dentro eran personas, a uno le dio la puerta al caer... Y la pobre maestra, verse humillada de esa forma... Ya estuvieron todos aterrorizados mientras demolían la vivienda del maestro, que estaba justo encima, por el estruendo; pero aquel día... hubo que llevar a los niños a darles manzanilla y a calmarlos."

Ya no es que fuera difícil: permanecer en el pueblo era imposible. Tras la voladura de las casas y el dramático cierre de la escuela, las últimas familias que quedaban vieron cómo, poco antes de recoger las cosechas, varios tractores enviados por Iberduero les labraban los campos. Fueron talados los frutales y arrancados los olivos, rotas las acequias, cortadas el agua y la luz. Los últimos vecinos optaron por marchar. Todos cuentan que los más mayores, sacados del entorno que había sido su vida, trasplantados de golpe a un lugar

extraño, se fueron apagando poco a poco y tardaron escaso tiempo en morir.

Pero hubo una familia que resistió aún durante casi dos décadas: los Garcés Castillo, acompañados a temporadas por los Buisán Pueyo, hicieron frente al hostigamiento a que fueron sometidos por parte de la empresa y de las autoridades con una valentía y un arrojo que hasta hoy perdura en la memoria de los aragoneses como símbolo de la dignidad. Emilio Garcés y Francisca Castillo, en su absoluta soledad, no quisieron reblar y plantaron cara al abuso de poder, al atropello. Con todo su coraje. Con el orgullo en el alma...

A Francisca se le encienden las mejillas cuando habla de Jánovas, se altera en lo más vivo:

"Fue muy duro. Si no es el que lo vive, por mucho que le digas no puede imaginar jamás lo que es eso. Eso de que veas que hoy tiran una casa, mañana dos, y no sabes por qué... Porque eso no tiene ninguna explicación, por qué destrozaron así un pueblo, verde y seco, pajares, acequias, el molino... Todo, todo lo destrozaron sin más, como si aquello hubiera sido una tontería. Esa rabia aún la tengo dentro, ¿eh? No puedo sentir hablar ya de las cosas que hemos tenido que aguantar porque me pongo, vamos... que no, que eso no es... Eso no se puede explicar."

"Nosotros nos hemos hecho viejos luchando. Una lucha eterna por lo que te han robado y te han matado, porque... Tanto, tanto, sólo y nada más por lo que es tuyo. Siempre nos han dicho una cosa y han hecho otra; han hecho lo que han querido. El problema es que la gente no vale nada".

La gente no vale nada. Dichas esas palabras por Francisca, por esa mujer admirable, se le eriza a uno el vello al darse cuenta de que en eso, precisamente, se resume toda la triste historia de Jánovas: porque se tuvieron en cuenta los intereses de esta empresa, de la otra, de los planes certeros o errados de la Administración, pero nunca a las personas.

Es terrible constatar que, desde 1971 al menos, la empresa concesionaria no tenía claro que el embalse proyectado en Jánovas fuera a resultar rentable, y que tampoco el Estado mostraba intención de ir a construir la obra por su cuenta. El resultado de todas aquellas dudas fue que la obra nunca se inició. La bellísima ribera del Ara quedó convertida en un desierto por culpa de un pantano que se sabía inservible. Ni en las estimaciones de la empresa hidroeléctrica ni en las de la Administración existía la conciencia de la injusticia

cometida con unas gentes obligadas a marchar para nada.

Emilio y Francisca, igual que María Pueyo, que aún mantenía su casa en pie y acudía allí desde Barcelona cada vez que podía, fueron desahuciados definitivamente y expulsados de Jánovas a comienzos de 1984. María murió en Barcelona y los Garcés vivieron solos en Campodarbe, una aldea de las montañas, hasta el invierno de 2005; demasiado mayores ya, se han recogido en casa de los hijos, en Boltaña.

En 2001, tras las movilizaciones sociales, las demandas, las reclamaciones ecologistas y la pelea vecinal, en cumplimiento de la nueva legislación europea se elaboró un estudio de impacto ambiental del proyecto de embalse que concluyó en una declaración negativa, lo que significaba, de hecho, la desestimación de la obra. Oficialmente, sin embargo, ésta no quedó anulada de manera definitiva hasta el año 2005.

La ilusión volvió a los corazones de los antiguos habitantes de Jánovas y de sus descendientes, porque van ya para tres generaciones las que luchan por lograr la reparación de este largo atropello y la reversión de las tierras. Tienen fe en recuperar lo que nunca debió dejar de ser suyo, y en devolver la vida a esos pueblos. En volver "para hacer casa". Deber de todos será vigilar que el proceso de reversión, iniciado por fin a finales de 2008, se realice con justicia.

Los Garcés, Emilio y Francisca, aseguran que ya no tienen esa ilusión, porque son demasiado mayores y piensan que ellos no llegarán a ver el día en que se recuperen al fin las casas y los campos. Sin embargo, Francisca todavía afirma: "Si mañana me dijeran que podía volver a morirme en Jánovas, mañana me volvería. Descalza, me volvería".

Su nieta pequeña, la hija de Toni Garcés, se llama Ara, como el río.

